

POESIAS.

ANÁCREÓNTICAS.

I.

LA MIRADA DE FÍLIS,
(1793.)

Queriendo el niño alado
Del valor de sus armas
Hacer glorioso alarde,
A Filis dió su aljaba:
A Filis, por quien goza
El imperio en las almas;
A Filis, la que vence
En hermosura á Páfia.
Ufana el arco toma
La graciosa zagala:
Prueba á tirar; mas pronto
Léjos de sí lo aparta.
Que muy más que la flecha
Que á dioses avasalla,
Penetra de mi Filis (1)
Una dulce mirada.

II.

Á LAS NINFAS DEL BÉTIS.
(Imitación de Villegas.)
(1793.)

Vosotras, ninfas bellas,
Del Bétis dulce coro,
Cuyas sagradas huellas
Veces mil han regado
Las lágrimas que lloro:
Decid al dueño amado,
A Filis, la inclemente,
Que da verdor al prado,
Y ternura á la fuente,
Y fragancia á las flores;
Por quien muere de amores
El ánimo doliente;
Cuando al hacerle salva
Los dulces ruiseñores,
Saliera á esta ribera,
Más lumbrosa que el alba,
Sembrando placentera
Alhelios y rosas
Con sus plantas hermosas;
Decidle ¡ay! el quebranto
De un corazón sincero,
Sus ansias y su llanto;
El llanto lastimero,
Que al Bétis argentado
Nuevo raudal acrece.
Mas, ninfas, si escuchais,
Nada ya le digais;
Que el llanto de un cuitado
A Filis endurece.

(1) Corrección de Lista. Antes decía:
Muy más hiere de Filis.

De esta y otras correcciones de Lista tenemos noticia por unos apuntes autógrafos de don Juan Gualberto Gonzalez, amigo de REINOSO y de Lista, que nos franqueó el excelente caballero y sabio magistrado don Francisco Perez de Anaya. (Nota del Colector.)

III.

LA CRUELDAD DE FÍLIS,
(1793.)

Por fin, oh bella Filis,
Y más cruel que bella,
¡Mi amor fiel, mi constante
Amor así desprecias?
Yo sufrí tus desdenes,
Yo vencí tus sospechas,
¡Ay! yo te amé; yo, Filis,
Te amé sin recompensa.
¡Qué veces, por no verme,
Tornaste con fiereza
El rostro, el bello rostro
Que el alma tras sí lleva!
Por tí, por tí afanado
Se vió en duras cadenas
Mi vivir, sin que oídos
Hallase en tí mi pena.
Mas un dichoso día
Los ojos halagüeña
Volviste á mí: yo vide
Tu faz más placentera.
¡Ay! yo pensé, engañado,
Tras la cruda tormenta,
Gozar de tus favores
En calma duradera.
Mas presto tu cariño,
Cual luz que leve vuela,
Huyó: ¡tal era el premio
Debido á mi fineza!
Cual triste naufragante,
Entre la oscura niebla
Luchando con las olas,
Peligros mil supera,
Que á vista ya de playa
Pierde la tabla incierta,
Y misero perece
Cuando la vida espera,
Así ¡oh dolor! tú, impía,
Tras la fortuna adversa
Mi vida dilataste
Por dar muerte más fiera.
Filis, ingrata Filis,
¡Es tanta tu dureza,
Que mi amor, mi constante
Amor así desprecias?

IV.

Á UN PAJARILLO.
(1793.)

Avecilla parlara,
Que con trinos suaves
Saludas á la aurora
Cuando su lumbre esparce:
Así jamas el Austro
Tus velos embarace,
Que á Filis bella digas
Mis quejas y mis ayes.
Donde el sol más lúcente
Vieres, do más fragantes
Con olores las rosas
El viento perfumaren,
Allí mora la ingrata
Que á un infelice amante
En pena y lloro eterno

Mirando se complace.
Vé y en tu canto dile
Que cuando el alba nace,
Y cuando Febo muere,
Lamento inconsolable.
Di que el gemir continuo
Al céfiro suave
Contrista, y mis sollozos
Repite por el valle.
Y dile que no puede
Mi firme amor mudarse:
Que por tan bella causa
Son dulces los pesares.
Y si el desden acerbo
Mi vida terminare,
La gloria de adorarla
No alcanzará á robarme.

ODAS.

I.

A la concepción de Nuestra Señora (1).

Deja ya la mansion del suelo oscuro
La Virgen Madre, y con ligero vuelo
Hiende veloz la trasparente esfera.
El manto desprendido al aire puro
En ondas vaga, y por el alto cielo,
De rosicler bordada su carrera,
Cual iris reverbera,
Y en mil visos las nubes esclarece.
Su semblante ya pálido oscurece
El rojo Delio, y orna su sagrada
Planta Cintia postrada,
Y el genio de los males se estremece (2).
Al alto llega y soberano asiento
Do el Hacedor del cielo en quicios de oro
Los orbes mueve y á su acento rige.
No allí vano (3) laurel, digno ornamento
Es á la sacra sien de quien el lloro
Destierra que al mortal misero aflige;
Mas augusta se elige
De estrellas mil corona refulgente,
Que eterna ciña la dichosa frente.
Luégo en dorada nube luminosa
La silla gloriosa
Ocupa junto al Rey omnipotente,
A su vista se humillan respetosos
Los espíritus sacros, que continuo
Cercan, la faz cubierta, el trono santo,
Y alegres cantan himnos sonoros.
Y las sublimes almas, que el divino
Reino esperaron en dichoso llanto,
El misterioso canto
Repiten veces mil, y el dulce acento
El alto Empíreo (4) llena y el contento.
Y ¡quién, dicen, es ésta que á deshora,
Cual rutilante aurora,
Segura vuela hasta el supremo asiento?
El Padre Dios entónces, con inmensa
Voz, que oyó siempre el cielo prosternado (5),
«Ésta, dijo, es mi esposa sacrosanta,
Libre por mí de la primera ofensa,

(1) Fué leída en la Academia de Letras Humanas de Sevilla, el 8 de Diciembre de 1795.

(2) Este verso está corregido por don Alberto Lista. REINOSO lo había escrito así:

Y Saturno y Mavorte se estremece.

Lista, al hacer la corrección, escribió en nota, relativa á este verso y á los dos anteriores, las siguientes palabras: «Nombres de la mitología, de que no debiera usarse en esta composición.» (Nota del Colector.)

(3) Vano. Corrección de Lista. Decía *mustio*. (Id.)

(4) Empíreo. Corrección de Lista. Decía *Olimpo*. (Id.)

(5) Estos dos versos fueron corregidos por Lista. Antes decían así:

Entónces el Padre Dios con voz inmensa,
Que escucha siempre el cielo prosternado. (Id.)

Por quien funesta muerte al mundo ha entrado:
Esta mi Esposa diva, cuya planta
Victoriosa quebranta
Del hórrido dragon la frente dura,
Y á la mezquina, esclava criatura
Salva del yugo infame y triste llanto,
Y cierra con espanto
Del hondo lago la caverna oscura.
» El triste reino en lúgubre gemido
Resuena en torno: tiembla el rey tirano,
Y la corona pierde de vil hierro;
Y el duro cetro, en humo denegrido,
El susto quita de su torpe mano.
Ya el hombre, salvo del antiguo yerro,
El tan largo destierro
Por esa Virgen sacra se levanta;
Ya de la celestial morada santa
Las cerradas un tiempo eternas puertas,
Se miran siempre abiertas,
Y entra (6) el mortal su venturosa planta;
» Vendrá un tiempo felice que este arcano
Manifieste á los hombres, y que honore
El orbe tal pureza, agradecido.
En cuanto al sol su lustre dure ufano
Y el alto cerco con sus rayos dore,
Holocausto en sus aras repetido,
A su gloria debido,
Gozoso ofrecerá. Ya el suelo hesperio
Votos dirige al inmortal misterio.»
Así habló el Rey del cielo poderoso,
Y Febo luminoso
Se para en el cenit del hemisferio (7).

II.

A Jesucristo sacramentado (8).
(1796.)

¡Y qué, Señor, bajo ese opaco velo
La majestad se esconde,
El poder y esplendor que en luz ardiente
Enciende y llena el anchuroso cielo?
¿Dó el trono soberano
Está, el alcázar? ¿dónde
La córte que entre nube reverente
Asiste á la deidad, de cuya mano
Pende la tierra, á cuya vista airada
La mar huye espantada?
Tú bajas, ¡oh! de tu esplendor desnudo,
A esta humilde morada
Para habitar en el mortal mezquino,
Para estrecharle en amoroso nido.
¡Oh, Señor! ¿qué es el hombre?
Prole infiel engendrada
En miseria y pecado. ¡Amor divino,
Inmenso como Dios! ¡Así tu nombre,
Tu omnipotencia y gloria y tu grandeza
Se humilla á tu bajeza!

(6) Entra. Verbo activo, como el *sale* que REINOSO enmendó luégo en el último verso de *La Inocencia perdida*; aunque para mí no es defecto. (Nota de don Alberto Lista.)

(7) Corrección de Lista. REINOSO había escrito así estos dos versos:

Y el carro luminoso
Suspendió Febo en medio el hemisferio.
(Nota del Colector.)

(8) Esta oda, publicada por primera vez en Sevilla el año 1797, en un tomo titulado *Poesías de una academia de Letras Humanas*, recibió tales modificaciones de mano del mismo REINOSO para la edición de sus obras poéticas que á su fallecimiento dejó preparada, que la oda corregida llegó á ser una obra casi distinta de la que el autor había escrito en Sevilla, allá en los tiempos de su mocedad. Era REINOSO poeta artificial, y á pesar de su gran talento, se trasluce en sus versos, singularmente cuando los corrige, el fatigoso esmero de quien atiende más á las formas de escuela que al hechizo de la inspiración espontánea. En muchos casos la lima del filósofo lastima la expresión natural del poeta. Hemos preferido, sin embargo, así en ésta como en las demás composiciones, el texto depurado por el autor, que ha tenido á la vista la *Sociedad de Bibliófilos andaluces* en la publicación que ha hecho recientemente de las *Poesías de Reinoso*. Es indudablemente el texto más autorizado, y el más conforme con el gusto y las miras del autor en sus últimos años. (Id.)

No ya, como en Horeb, de enmedio el fuego
Un acento imperioso,
Aparta, le dirá, *del lugar santo*;
Ni otra vez el mortal entre humo ciego,
Sobre el Siná encendido,
En trueno pavoroso
Oirá la voz divina con espanto.
De sí pródigo Dios, al hombre unido,
Fué su víctima ya; y ora ¡oh portentoso!
Ser quiere su alimento.
¡Cuál ¡oh! será la fortunada gente
A quien el rostro amable
Su Dios así le muestre generoso?
Entonad ¡oh mortales! dulcemente
Canto no interrumpido:
La piedad adorable
Load, load del Dios que en delicioso
Manjar se os da. ¡Oh amor! ¡Oh convertido
Yo en tí viviere, el alma desmayada,
En dulzura anegada!

III.

Al nacimiento de Jesucristo.
(1796.)

Del Padre omnipotente
Tú el saber y esplendor; tú, la esperanza
Del misero viviente,
Benigno oye los votos que á tu nombre,
Por cuanto Febo á iluminar alcanza,
Tributa fiel el hombre.
Benigno oye sus votos,
Libertador de la cautiva gente:
Ante los más remotos
Siglos, igual en sér, de su alta ciencia
Te engendró el Padre, de la eterna mente
Eterna descendencia.
Antes que el mar profundo,
Sus brazos dividiendo, el suelo unido
Tendiese por el mundo,
Y rompiendo los bóforos violento,
A tu soplo, del Cáucaso temido
Temblára el hondo asiento;
Antes que la luz pura
Volára en blanda llama por la esfera,
Y atada Cinosura
Al polo inmóvil, el escuadrón lumbroso
De los soles tras ella revolviere
Tu brazo poderoso;
Y el eterno vacío
Que poblaron los orbes ya llenaba
Tu inmenso señorío:
En silencio la nada respetosa,
Para brotar los seres aguardaba
Tu palabra imperiosa,
¡Y débil ora yaces
Y flaco aliento tu deidad respira!
Eterno siendo, naces;
Sufres siendo impasible: el almo coro
Tu faz de gloria prosternado admira,
Nublada en tierno lloro.
Los quicios de diamante
Sobre que el mundo con perenne vuelo
Rueda en giro sonante,
Esas trémulas manos afirmaron.
¡Esos brácitos el fulgente cielo
Cual lienzo desrollaron!
Mas ¡oh! que áun escondido
Muestras tu gloria y tu poder presentes.
A su primer vagido
Renace la creación: un astro luce
Nuevo en Empíreo, y las remotas gentes
A adorarle conduce.
En letargo profundo
El orbe reposaba; del ocaso
Su rayo moribundo
Nublosa y débil luna despedía,
Y en leves sombras con dormido paso
La noche se envolvía;
Cuando súbita lumbre,

Inundando la esfera, desvaneció
La vaga muchedumbre
De cándidos luceros: arde el viento
En raudales de luz, y se esclarece
El orbe soñoliento.
Su seno el yermo helado
Al dulce fuego dilatarse siente,
De lirios coronado:
De verde musgo el pederal cubierto
Riega, y fecunda en abundosa fuente
El árido desierto.

No ya serpiente oculta
El pié hiere al incauto caminante,
Ni más la selva inculta
Ponzoña guarda entre falaz maleza;
Néctar destila y bálsamo fragante
La enriscada aspereza.
¡Qué apacible se mira
El lobo entre nevados recentaes,
Olvidada su ira,
Retozon halagallos! atrevidos
Tras él triscan en saltos desiguales
Con débiles balidos.

¡Y qué nuevo portento
Pasmada admira súbito natura?
El raudal movimiento
Detiene el globo; su mecer undoso
Para el mar; plega el aire con blandura
Las alas silenciosas.

¡Cuál en dulce armonía
Henchido suena en derredor el cielo!
Todo mana ambrosia,
Y una voz..... ¡no lo oís? *Gloria en la altura,*
Gloria, dice, á tí, Dios: paz en el suelo,
Paz al hombre y ventura.

Paz, gloria: el grato acento
Corre veloz y hasta el lejano polo
De paz se llena el viento.
Riegan olivas, en alegre bando,
Y al hombre anuncian paz, gloria á Dios solo
Los querubens volando.

¡Paz! Consolaos, mortales;
¡Gloria al Rey de la paz! Ya la justicia
Los tristes eriales
Pisa otra vez del mundo delincuente,
Y ella y la paz el beso de delicia
Se dan que al hombre aliente.

¡Paz! Al lóbrego Averno
Gimiendo huyó la guerra fratricida.
El Hacedor eterno,
Que en paz universal formó al humano,
Para que la recobre ya perdida
Se humilla á ser su hermano.

IV.

AL SÉR SUPREMO, CONTRA LOS INCRÉDULOS.
CÁNTICO.

Imitación de la poesía hebrea.
(1796.)

Effunde iram tuam in gentes quae te non noverunt.
PSALM. 78.

Dijo el necio: «No hay Dios.» Osado un hombre
Pretendió sojuzgar el orbe entero
Á su arbitrario mando,
Y el poder fingió artero
Del núnem vengador, en cuyo nombre
Su imperio levantar. Cayó temblando
Y dobló entónces la cerviz al yugo
La muchedumbre ilusa.—El hombre siente
Cual el bruto viviente,
Quien á un tirano plugo
No; natura es su dios. ¿Dónde está, dónde,
Esa deidad que del mortal se esconde?
Tú, Señor Dios de Abrahán, en cuya ira
Saltan los montes de pavor, y en humo
Ardiendo sube el suelo
Del sacro templo sumo,

La creación (1).
(1796.)

¡En qué furor sagrado ardiendo el pecho,
Algun núnem que ignoro
Tras sí me lleva?.... El horizonte estrecho
A mis ojos se extiende:
Ya del éter los ámbitos deploro,
Globos de luz sin número trasciende
La mente absorta.... ¡Espíritu divino!
¡Acaso al gran destino
Me elevas que el mortal perdió culpado,
O á la silla del ángel derribado?
Vanos nombres, que en mudo simulacro
Honró ciego el viviente,
¡Adónde estais? Yo miro el trono sacro
Del Señor, cuya diestra
Los orbes vuelve y rige Omnipotente.
Su frente excelsa el pensamiento muestra
Que dió vida al no ser.... ¡Hacedor santo!
Tu inmortal obra canto,
Que Apolo ignora y el mentido coro.
¡Oh! tú me inspira, á quien humilde adoro,
Tú fuiste siempre, sólo tú. El vacío
Do rueda el universo.—¡Ay Dios, que brama
Sólo tu sér llenaba y poderío.
Tú llamaste á la nada,
Y de los mundos material diverso
Brotó en sus senos á la voz sagrada:
Inmenso, rudo bulto denegrido
En las aguas hundido
Que, volando, tu espíritu agitaba
Y en gérmenes de vida fecundaba.
Mas no entre sombras la sublime idea
Entallar convenia
Sobre el tosco embrion.—*Que la luz sea,*
Sonó el divino acento,
Y fué la luz. De entre la noche umbría
Rápido se desprende por el viento
Un vapor luminoso que á deshora
El espacio entredora,
Como sin astros las nevadas cimas
Tímido albor en los polares climas.
Y á la imperiosa voz obedeciendo,
Las aguas difundidas
Se agolpan y se lanzan con estruendo
En catarata inmensa,
Abriendo el lecho do morar unidas.
Entónces descogió su faz extensa
La tierra enjuta, y Mulhacen la frente
Alzó, y el Etna ardiente,
Cual un gigante con robusta planta,
Súbito despertando se levanta.
Desde el abismo de la tierra ciego,
Dulce calor envía
A la aterida faz el vivo fuego
Que sus limos fomenta,
Y el oro y jaspe en las entrañas cria.
Plantas, naced.—Habló, y al cielo exenta
Se sublimó la palma: en musgo y flores
Se visten los alcores
Que orlan las mieses de dorada zona,
Y el Líbano de cedros se corona.
Pero á ese globo espléndido ceñida
No fué la grande empresa.
La lumbrosa materia removida
Al mando omnipotente,
Se aglomera en el éter, y sospesa,
Y ya inmenso fanal brilla en Oriente.
Fuiste, ¡oh sol! y á la luna otro hemisferio
Dividiendo tu imperio
Diste alumbrar, como en país lejano,
Su potestad delega el Soberano.
Ni basta un Sol: innumerables cielos

(1) Esta oda no es, en verdad, la que REINOSO escribió en 1796, y fué publicada en Sevilla en 1797. REINOSO la corrigió muchos años despues, ó por mejor decir, la refundió de tal manera que apenas quedan en ella vestigios de la obra primitiva, que sólo tenía ocho estrofas. (Nota del Colector.)

Oye mi voz, y al insolente mira
Que osó mover su lengua contra el cielo.
Tú, Dios, tú hablas victorias. ¡Oh! delante
De tu faz va la muerte: tu vestido
De llamas guarnecido.

¡Quién á tí semejante
Entre los fuertes es, Jehová guerrero?
Rayos tus ojos son, la voz tu acero.
Tu gloria anuncia el firmamento alzado
En sus lumbres sin fin. Nace fulgente
El sol, y al universo

¡Dios! proclama en Oriente
¡Dios! el véspero suena: alza nevado
Sobre las cimas el semblante terso
La luna y *Dios* repite; *Dios* el coro
De estrellas en su giro ardiendo clama.
Vuela cual leve llama

El acento sonoro
Por el orbe; mas, ciego el descreído,
Tapió con ambas manos el oído.

Dijo: «No hay más allá de lo terreno,
Mañana no seré. Venid, bebamos;
Holgemos este día:
Al justo persigamos

Y al huérfano infeliz. Cual prado ameno
El opresor florece; en Dios confía,
Y es humillado el simple.»—¡Ay Dios, que brama
El desleal! De su furor creciente
Nos sumerge el torrente:

En nuestro pan derrama
La hiel, en nuestro pecho agudas penas:
Sus manos de orfandad y sangre llenas.
¡Y prospera el infiel! Señor, mi planta
Resbala y titubea, yo ardo en celos
Por la paz del malvado.

Cual águila en sus vuelos,
Así él crece en su dicha y se levanta,
Y dije: En vano al corazón manchado
Y las manos lavé; de la mañana
A la tarde padezco.—Mas te agravio,
Señor, con torpe labio;

Porque la mente insana
El fin no ve del justo que en tí fie;
Y entónces, ¡ay del que de Dios se rie!
¿Dónde el feroz huirá? Si de la aurora
Toma las alas y con raudal vuelo
Corre allá do los mares

Valladar son del suelo,
Le alcanzará tu diestra vengadora.
Tornaránse sus dichas en azares,
Cual heno al fuego pasarán sus días.
«La noche esconderá en su seno umbrío,
Dijera aquel impio,
Mi crimen y falsías.»

Mas no hay sombra ante Dios: la niebla oscura
Brilla á sus ojos como llama pura.

Manda presta tu ira cual rugiente
Leon devorador: caiga el espanto
Sobre el necio orgulloso:
Su manjar sea el llanto.

¡El fuerte de Israel con sesga frente
Oirá su nombre blasfemar? ¡Gozoso
Moverá el arrogante la cabeza
Contra Jehová? ¡Contra Jehová el gusano!
«Que venga, dice ufano;
Que muestre su grandeza
Ese Dios y creerélo.» ¡Y lo percibe,
Señor, tu oído, y áun el fiero vive!

¡Y vive él y te mofa!—Tiende, ¡oh! tiende
El brazo triunfador que al mar bramante
En sus lindes encierra.
De tu airado semblante
El fuego lanza que las nubes hiende
Y los cedros del Líbano soterra.

¡Sús! Vibra, ¡oh Prepotente! el duro pecho
Atraviese tu dardo enherbolado,
Y caiga aquel malvado:
Caiga á su despecho,
Falleciente, el poder confesará

Deel que es, el que ha sido, el que será.

Uno sobre otro alzados,
Desplega Dios cual transparentes velos
Do su diestra derrama
Lluvia intensa de soles argentados,
Un rayo de su frente los inflama:
Un soplo los impele de su aliento
En raudos movimientos:
En grupos los ordena un gesto solo,
Y centro á su girar les dió en el polo.
¡Oh! ¿Quién los contará? ¿Quién atrevido
Sus órbitas corriera,
Por la insondable inmensidad perdido,
Si ya el rápido vuelo
Pidiere al Aquilon? ¿Ante su hoguera
Cómo alentar el morador del suelo,
Fijar la vista en su fulgor celeste?...
¡Oh Dios! tu templo es éste,
Sus lámparas los astros.... Yo su giro,
Su fuego ignoro y en silencio admiro.
De aquí la faz en tu incesa lumbre,
Tornando al bajo mundo,
El hondo abismo, la enriscada cumbre,
El llano, el vago viento,
Todo se puebla á tu querer fecundo,
Todo se anima á tu vital aliento;
Cual jóven muerto, al despuntar el día,
Ciego, inmóvil yacia
El orbe ante la luz: tu voz resuena
Y de vida y acción el mundo llena.
Hablaste; oh Dios! y dilatarse siente
Como un pecho que aspira,
Y latir dentro el piélago obediente,
Súbito inmensa prole
Sus senos hinche y resbalando gira,
Diversa en formas, en esmalte, en mole;
Del gusanillo al leviatan horrendo,
Cuyo dorso entreviendo,
Teme dar el piloto en un bajío,
Y canto el rumbo tuerce del navío.
No tan ligera del sereno lago
Alza súbito el vuelo
Nube de ánades densa, si el amago
Del cazador advierte;
Cual entónces del mar al ancho cielo,
Ufana con su pompa y libre suerte,
Infinidad aligera se eleva;
Y con audacia nueva
Los aires cruza saludando al día,
Y de gala los llena y armonía.
¡Y aún nueva agitación?... La voz de vida
(¡Ois!) manda á la tierra
Despertar y animarse. Conmovida,
Órganos, sentimiento
Da á sus glebas informes la alta sierra,
Da el valle, henchidos del vivaz aliento.
No así en lóbrega noche al caminante
Fugaz llama radiante,
De pronto, objetos mil muestra presentes,
Como el suelo se inunda de vivientes.
Todo vive á tu voz... Mas ¿quién alcanza,
De esa grey, tus portentos?
¿Qué labio te dará digna alabanza?
El himno, el dulce lloro
De gratitud, de amor, no sus acentos
Incultos sonarán en rudo coro.
Falta un gran sér, prodigio de tu brazo,
Que uniendo en alto lazo
Lo eterno á lo mortal, del mundo rey,
Dé gloria al cielo y á la tierra ley.
¡Oh! (¡silencio, vivientes!). En su seno
El Hacedor augusto
Medita, se aconseja. De amor lleno,
Hagamos, dice, al hombre
Imágen nuestra, que el obsequio justo
Nos dé y al orbe impero en nuestro nombre.
No ya nace al mandato soberano;
La omnipotente mano
Le fabrica por sí; y aunque en el suelo
Puesto, la vista se dirige al cielo,
Y á la sublime celestial figura
Lanza la mente inmensa
Una centella de su lumbre pura,

Que de saber y gloria
Y dominio la inviste.— ¡Ay! una ofensa....
¡Hombre infeliz! Cayó.... Mas la memoria
De su grandeza en el humilde estado,
Cual un rey destronado,
Guardando en su interior, el que perdiera
Antiguo imperio recobrar espera.

VI.

A ALBINO (1).

Firmeza de la virtud.
(1796.)

De lirios y violas olorosas
Se adorna placentera,
Reclinada la bella primavera
En tálamo de rosas.
Mas ¡ay! ya asalta la frondosa vega
El estío sediento,
Y aja su pompa, y al airado viento
En aristas la entrega.
Templa otoño sus fuegos, y racimos
Ciñe y doradas pomas,
Y el ambiente embalsaman los aromas
De sus frutos opimos.
Pero el cierzo invernal hórrido zumba,
Con las crujientes alas
Desnuda al año las postreras galas,
Y le arroja á la tumba (2).
¡Qué bien (3), oh dulce Albino, habrá durable
En la mortal flaqueza,
Si en giro así fugaz naturaleza
Enseña á ser mudable?
Do la alta torre y orgulloso muro
Al cielo se levanta,
¡Cuán presto el buey con perezosa planta
Llevará el hierro duro!
Voraz el tiempo su mortal guadaña
Blande, y con fiero encono
Sobre las gradas del volcado trono
Erige la cabaña (4).
Así fenecer la mayor ventura,
Veloz el hado esquivo
Derriba al triunfador del carro altivo
A la indigencia oscura.
La virtud sola es fuerte. Denegrada
Cubre su faz la esfera,
Y con luz espantosa reverbera,
En llamas encendida.
O estallando del monte la alta frente,
Con horrisono estruendo
Se despedaza; pálida gimiendo
Vaga la triste gente.
Sólo entónces seguro el virtuoso
No busca el vano asilo,
Y opone fuerte el corazón tranquilo
Al estrago horroroso (5).
Si truena el cielo, y de las aves huye
El temeroso bando,
Y busca en vano el nido que bramando
El huracán destruye,
Su vuelo entónces rápida levanta
El águila altanera,
Y el rayo mira desde la alta esfera
Cruzar bajo su planta.
Tiemble asustado en su feroz ventura
De Sicilia el tirano;

(1) D. José María Blanco.

(2) Esta estrofa y la anterior fueron añadidas por el autor cuando corrigió sus poesías. (Nota del Colector.)

(3) ¡Qué bien; corrección de Lista. Antes decía: ¿Qué cosa.... (Id.)

(4) Esta estrofa es de Lista. REINOSO había escrito esta otra:

El tiempo destructor con torpe saña,
En curso acelerado,
Erige sobre el trono destronado
La misera cabaña. (Idem.)

(5) Corrección de Lista. REINOSO había escrito:

Con sesgo rostro y corazón tranquilo
Ve el estrago horroroso. (Idem.)

Sócrates, mientras, con tranquila mano
El letal vaso apura.
¡Ah! sólo la virtud del tiempo fiero
Triunfa y adversa suerte;
¿Qué puede en ella, inexorable muerte,
El golpe de tu acero?
¡Hierre.... del justo cumplas la esperanza,
Rompiendo su atadura.
Ya vuela suelto á la inefable altura,
Do tu segur no alcanza.

VII.

Á LICIO (1).

De los vanos descos.
(1796.)

¿Qué torpe frenesí al mortal insano
Ciega, oh mi Licio? En vano
Naturaleza ofrece, bienhechora,
Al humano reposo
Los dones que atesora;
En vano hacer intenta
Feliz al hombre; de la pena ansioso,
Feroz consigo, él mismo se atormenta.
No ya en dulce solaz el placer puro,
De cuidados seguro,
Goza el humano pecho no turbado.
¿Qué al mortal aprovecha
El bien tan suspirado,
Si jamas su sed vana
Con la dicha lograda satisfecha,
Nueva inquietud por nuevo bien le afana?
Su heredad mira el Labrador ufano
Ya del dorado grano
Más que los Libios campos coronada;
Mas luégo al prado ameno
De rosa aljofarada
Cubierto en copia rica,
Vuelve los ojos, de tristeza lleno,
Porque no en su provecho fructifica.
Brilla trémulo el mar en extendido
Sulco, cuando torcido
Manda el rayo, subiéndolo por la esfera,
La luna silenciosa;
Mas Fabio en la ribera
Suspira desvelado,
Porque le aparta la region dichosa
Do yace el metal rico sepultado.
¿Adónde, alma contento, en presto vuelo
Veloz huyendo el suelo,
Del triste pecho la quietud llevaste?
Crüel, crüel deseo,
Tú solo, tú ahuyentaste
El sosiego anhelado
Del viviente, que en vano su recreo
Busca ya, en ansia viva congojado.
De entónces el sosiego abandonando
El ambicioso bando,
Mora sólo en sencillos corazones,
Su cetro obedecido
En altos pabellones
Levante la codicia;
Solo en misero hogar, desconocido,
Vive el contento y vierte su delicia.
Reposa el zagalejo descuidado
Bajo el olmo elevado
En pobre lecho de menuda grama;
El aura placentera
Del ámbur que derrama
Su cabello humedece;
Y revolando en torno lisonjera,
Sobre su rostro posa y lo adormece.
No la ambición del mando pretendido
Su sueño no rompió
Turba, ni de la gloria el nombre vano,
Cuando el esplendor puro
De Febo soberano
Por la lejana cumbre

(1) Don Alberto Lista.

Resbala en brillos mil al soto oscuro,
Los ojos abre, heridos de su lumbre.
Despierta ledo, y de pintadas flores
Esmalta en mil colores
Su pobre trajecillo. Por el prado,
¡Oh! ¡cuán tranquilo canta
Tras su humilde ganado!
De inocente alegría
Bañado el rostro cándido, levanta
Sus puras manos saludando al día.
¡Mortal feliz! oh Licio. ¡Y altanero,
Vil lo llama y grosero,
El hombre vil en ambición sumido?
Almo, dulce reposo,
En vano apetezido
Del viviente afanado
Tras falso bien, el ánimo ambicioso
¡Oh! jamas goce tu placer sagrado.

VIII.

Á JOVINO (2).

apreciador de la juventud estudiosa.
(1796.)

Calope, descende;
¡Oh! del celeste asiento,
Desciende, diosa; la region vacía
En raudos vuelos desprendida hiende.
Ven, tu sagrado aliento
Al mortal cante, que la frente alzada,
Desdeña la mirada
De los humanos, y de Parca impía
Triunfador, sube hasta la fija altura
Do brilla Cinosura.
¡Ven! ¡oh! mas ¿qué?... yo miro
Los atrios eternos
Abrirse.... prosternado yo os adoro,
Deidades santas. Sobre el alto giro
Las sillas inmortales
Se miran de los númenes sagrados;
¡Ah! ¿lo veis? Sí, sentados
Allá aparecen en brillante coro,
Y al gran padre se ve de cuanto anima
Del Olimpo en la cima.
Y auricrinado Apolo
Canta, la sien orlada
De frondoso laurel; en torno gira
Su coro en fuegos mil, y el ancho polo
Con la voz regalada
Blandos ecos despide; el torvo ceño
Desnuda ya, y risueño
Oye Mavorte la canora lira,
Y aparta el rayo Jove soberano
De la encendida mano.
Aparta el rayo ardiente,
Y vistosa guirnalda
De lauro fértil en su mano muestra;
De lauro que del Pimpla floreciente
En la ramosa falda
Entrelazaron de azucena y rosas
Las castálidas diosas.
¿Y á qué deidad la omnipotente diestra,
A qué genio inmortal, mente divina,
Tal galardón destina?
Mas ¿quién al sacro asiento,
Del hombre nunca hollado,
Audaz extiende la gloriosa planta?
Tal intrépido corta el raudos viento,
Del ave arrebatado,
El lozano garzon del alto Ida;
La region encendida
Huella, serena el rostro, y se levanta,
Ardiendo la sien rubia en viva lumbre,
A la celeste cumbre,
Do en copa de oro ardiente
La eternal ambrosía
Ministro sirve al celestial senado;
Ora al varon sublime y elocuente

(2) Don Gaspar Melchor de Jovellanos.